

pre olvidan alambre o clavos para colgar las ofrendas; pero se los pedirán al sepulturero.

Truenan los carruajes, todos con flores para los difuntos. Después la ciudad se queda sola con las campanas y las viejecitas de las luces.

El cementerio es una verbena. Gritan los mercaderes, bulle la mocedad. Algunos buscan al sepulturero; nosotros también. ¿Dónde estará ese hombre? Se nos ha olvidado la tumba de un amigo.

¿Dónde estará el buen cavador?

Aburrido y cansado, se ha salido a la entrada de la verja. Trae ropas nuevas. Tiene hoy un corro de amigos. Aguardan que él les cuente; le preguntan de su oficio y le dan de fumar. Se sienta en un peldaño; se le dobla la espalda; deja colgando sus manos de corteza sobre sus rodillas.

Acuden familias de los difuntos. Nosotros le preguntamos por el amigo muerto.

El sepulturero se rasca el cráneo, que suena como la piel de una cabra flaca.

«Era jovencito, afeitado, pálido...» Y le contamos cómo era nuestro amigo cuando vivía.

Entonces, el hombre aciago levanta los ojos y nos mira sonriendo. Nada más conoce los cadáveres...

Y nos estremecemos.

Esa es la misma mirada del hombre que ha pasado junto a nosotros en la ciudad. ¡Esa mirada nos ha visto muertos!

... Le recordamos más. Ya resaltó enteramente su figura en nuestra memoria... Fué en el entierro del olvidado... Toda la noche de su agonía estuvo lloviendo. Y él sollozaba. Cuando expiró, creíamos que no era la lluvia, sino el silencio, lo que se había quedado resonando...

Al día siguiente el cementerio estaba enlodado. Los cipreses aún goteaban muy limpios, tiernos y olorosos.

El panteón familiar era de los antiguos: roído, abandonado; los sillares zumaban por las hienas. Apareció el sepulturero. Venía despacio, con una niña larga, amarilla; su delantal, corto, remendado; sus botas, muy grandes. Merendaba pan moreno y longaniza.

Miró la caja; se hurgó el quijal con un esparto verde, y dijo, pisando a losa de la sepultura:

—Aquí no podrá ser. Todos los nichos están en colmo. Al último, un viejo, lo dejamos en lo hondo, sin tapiarlo.

Y como porfiásemos, agarró las argollas de la piedra. Y al removerla, apareció toda la fosa inundada. Tuvimos un grito de horror... Las aguas habían subido el cadáver del viejo, volcándolo, hinchándolo. Nos miraba con las órbitas vacías, quejándose de dos muertes...

Acudieron mujeres, mujeres-comadres de cementerio, que leen epitafios de nichos y comentan la vida de los enterrados.

Estuvieron contemplando el difunto ahogado. Y luego de horrorizarse también, como reparasen en la niña, que merendaba asomada a la tumba, se llegaron más al sepulturero. ¿Es que ya estaba buena la rapaza? ¿No fué la de las tercianas?...

Y el hombre aciago acatizó con el esparto la hundida nuca de la hija. Sí; mejor estaba. Pero como las fiebres la dejaron canija, y en la casa apenas quería catar alimento, pues la sacaba a divertirse. Y desde que la traía con él, que medraba la criatura... ¡Ya la veían comer!...

La niña miraba el cadáver hinchado de las aguas, y engullía pan y longaniza, mucho pan, y sólo rosigaba la longaniza para que le durase...

## EUGENIO NOEL

## EL SEÑORITO CHULO

## ALLA VA UN HOMBRE

—Oye, niño, ¿vienes a los gallos?

—Luego... ahorita estoy metido en manzanilla.

—¿Pelea tu «jaca»?

—La he retirado; es mucho gallo el del niño de Medina. Parece que le da de comer hígado de Belmonte.

—Adiosito, niño.

—Hasta luego, Bibi.

Y Bibi sigue su camino, braceando saleroso, bien ceñido, pulcro como una damisela, oculta la frente bajo el sombrero cordobés para dar sombra a los ojos, perneando marcado y en corto con objeto de que las mujeres se enteren de que allí va un hombre.

Y que Bibi lo es de cuerpo entero... Tiene treinta años, y su vida es un modelo. Su padre, el cacique de la ciudad, es de Andújar, y su madre, hija de un fabricante de licores, malagueña. El padre, además de cacique, es abogado, jefe de su partido político en la región y propietario de latifundios, amén de administrador de las dehesas del duque de X. El padre adora a su hijo como sólo en Andalucía es posible adorar a un hijo; desde que nació lo tiene a su lado, y cuando las juergas lo retienen fuera de casa, va por él como una niñera y lo trae en brazos. La madre se lo come a besos minuto a minuto con mimos que parecen de amante. En esta atmósfera ha crecido estudiando cuando le daba la gana y haciendo siempre lo que tenía por conveniente. Desde los doce años de edad sostiene queridas, maneja dinero, viaja cuando hay toros en las ciudades, vuelve sin enterarse de otra cosa que de la corrida, no lee jamás y está absoluta-

mente convencido de que sabe todo lo que necesita saber un hombre.

Si comete una iniquidad, la justicia le garantiza la absolución. La policía le teme, y su padre le compra sentencias, traslada jueces si es preciso, y hace saber a todos que su hijo, por ser hijo suyo, tiene derecho a hacer lo que le dé la gana. Este derecho derramó en su cara la insolencia, la altivez y el odio a lo que no se le parece.

Felizmente, en cada ciudad andaluza hay muchos hombres como este que dibujamos; se juntan, forman un Club y gozan de los placeres de la amistad entre iguales. Los policías le saludan respetuosamente como a autoridades oficiales, los ciudadanos se quitan los sombreros con repugnante servilismo; una orden suya es un cheque; son inmunes como un diputado y soberbios como señores de las épocas feudales. Las amistades entre ellos son muy fuertes porque se necesitan para las diversiones y nada ata en Andalucía como esta necesidad.

## EN EL RENIDERO

Bibi llegó a la Alameda, entró en un colmado, se bebió un «chato», y pagando un real a un hombrecillo de cara de esclavo, se zambulló en la más extraña habitación que puede imaginarse. Aprovechando las cuatro tapias de un corral, adosaron a ellas un tinglado circular de madera formando peldaños, abrieron en el suelo un hoyo a modo de tina barata de baño, la asfaltaron, la rodearon de un alto balconcillo y cubrieron la estancia por una bóveda de nervios de pino resquebrajado, cúpula admirable que no se desplomaba merced a que el arti-

fice suplió la falta de talento y de materiales con un quintal de gracia pura. La luz no entraba, se filtraba.

En los escaños yacían unos centenares de seres extraordinarios. Yacían... no estaban sentados: ni una cariátide de Erecteón ni un telamen de Agrigento reposan en su actitud hierática como aquellos ciudadanos. Parecían egipcios en su postura favorita; la cara, rígida; las manos, en las rodillas; el cuerpo, inmóvil, e impecable ángulo recto en el torso con las piernas; éstas, con los pies. Todas las clases sociales estaban representadas en aquel embudo singular, y el obrero y el señorito ni pestañeaban, fijos los ojos en la especie de jaula sin techo que se erguía en el centro.

Quando Bibi entró, acababan de pesar el último gallo inglés; un «quitapenas» de rostro carcelario apuntaba en un librito estos datos preciosos y dos señores apilaban duros, canturreando apuestas, retos y solemnes invitaciones a intervenir. Bibi saludó, no le hicieron mal dicho caso, se hizo el «soca» y le ayudaron a ponerse una larga blusa o quitapolvo para que, en su localidad de primera fila, no le salpicara la sangre el traje. De una habitación interior salía el hedor peculiar de los gallineros y estos bichos cantaban con insolentes ganas de reñir. Su inarmónico cacareo de desafío, más agudo en unos que en otros, sostenido por algunos largo rato, seco y áspero en los más como una orden o un imperativo de desprecio y desdén, retumbaba en la sala maloliente y oscura, llenando el ámbito y las cabezas de los circunstantes de estrambóticos gritos guerreros de ilotas o zulú.

#### «LAGARTIJO» Y «FRASCUELO»

Dos individuos con aspecto de augures o arúspides sacaron con sumo cuidado un gallo cada uno, murmuraron unas misteriosas tonterías y metieron en el jaulón los dos animales.

Estos repugnantes bichos, «adiestrados», viejos en el arte de las riñas y con gloriosas cicatrices, no comenzaron a luchar. Se miraron, se reconocieron, y midiéndose de arriba abajo hicieron un humano gesto de indiferencia. Dieron a comprender que no se temían, y con jovial y flamenco paso se dedicaron a exhibirse con aire de ser amos del mundo y como si el alma de Gengiskan, Saladino o Solimán hubiese transmigrado a sus cuerpos.

Eran éstos como para tener un mal sueño después de verlos. Pelado el pescuezo a la manera de los buitres, las escasas plumas simulaban un cuello postizo y asqueroso; su cola breve y feísima respingaba con orgullo matón sin la vanidad del pavo, pero con la petulancia de un macho absurdamente seguro de su vigor; los tremendos y afilados espolones de amarillento color daban a las patas aire ridículo y simbólico de unas diabólicas botas de montar.

Aquellas «jacas» se llamaban *Lagartijo* y *Frascuelo*.

Bibi, después de examinarlas, como si de ello dependiera la suerte de un país, dijo solemnemente sin cambiar su postura ni por asomo:

—Cinco al Vicente.

Los dueños de las «jacas» o sus apoderados apuntaban proposiciones que ante lo desconocido eran aún pocas.

Bibi se adelantó porque era hombre de pasiones, siempre que con ellas pudiera hacerse un bien y ver algún daño. El era así.

*Frascuelo* tenía probabilidades de ganar; era campeón. En célebre lucha, presenciada por media población, había vencido a *Merced*. *Lagartijo*, a quien le habían puesto ese nombre por lo muy aficionado que fué siempre a estas luchas, era casi un neófito. Los espolones de ambos contendientes eran espantables; la expresión, feroz; el aire, de apaches. En sus ojos, dotados de prodigiosa movilidad, se sorprendía la imagen exac-

ta del odio. Eran un poema de ira aquellos ojos pequeños, agrandados hasta lo inconcebible por pasiones bastardas, pero tan profundas, que no necesitaban hablar aquellos bichos para insultarse y lanzarse sus retos implacables. Descaro, fatuidad, valor, engreimiento, toda la gama del matonismo más escandaloso se leía en sus ojos con una claridad tal, que imponía. No se puede dar mayor sinceridad en lo monstruoso, ni definir mejor lo absoluto en el envilecimiento.

Los hombres hacen obras maestras si la materia que manejan es el mal. Dada una fiera, el problema de espantar aumentando su nativa ferocidad es fácil trabajo para un hombre. De un gallo, explotando su natural turbulento y soberbio, crearon cierto bicho espantoso, criminal de profesión, estúpidamente bestial y hostil hasta el desenfreno, armado con el arma quizá más feroz, y provisto de tal cantidad de envidia, ira, venganza y rabia, que sólo la muerte puede desarraigarlas de su diminuto cerebro de demonio.

Bibi no se hartaba de mirar. Extático, embobado como todos, tenía puestos sus ojos en los del gallo escogido: *Lagartijo*. Los ojos de *Frascueto* no le interesaban. Hasta creía verse retratado en ellos como se ven los aficionados su alma en la de su ídolo taurino. Desde aquel momento Bibi, el señorito más chulo de la provincia, no existía sino en su gallo; la muerte de su madre, la ruina de su fortuna no le hubieran quitado de allí. Son los reñideros de gallos, relativamente, los sitios donde menos cantidades grandes se apuestan y cruzan, porque no es el dinero lo que se busca, sino la lucha; ni siquiera la visión simple de esa lucha, sino el gallo en cuyo cuerpo cada sujeto mete su alma para reñir y gozar así. A ello se debe esa expectación a nada comparable, ese estatismo brutal que anquilosa sus cuerpos y los inmoviliza ante el jaulón trágico.

Algunas apuestas fijaron los dos ban-

dos, y cuando la sombría inteligencia de aquellos bichos creyó deber empezar la pelea, lanzaron dos gritos de cómica grandeza detonante, y se amenazaron. Lo horrible de su aspecto era que los dos gallos se sentían mirados, ambos tenían la conciencia de que entre los espectadores contaban con amigos fieles que los animaban en silencio. En vez de arredrarlos la masa, su contemplación les hacía más crueles.

#### LA LUCHA EMPIEZA

Avanzaron el uno al otro con serenidad pasmosa, de frente, soeces y descarados, enhiestos los picos, ciegos los ojos de furor. Se toparon, y a compás clavaron los picos el uno en el otro con un ensañamiento bárbaro. Retroceden un poco y vuelven a la carga sin esquivar el peligro ni hurtar parte alguna de su cuerpo; no se defienden: atacan los dos; no se preocupan del dolor ni de la sangre propios: buscan herir, tenaces y horribles en su constancia. Su espíritu sanguinario les hace incansables, invulnerables a toda fatiga. No han hecho más que empezar, y su cuello es una criba; la sangre resbala, gotea, empapa y colora las plumas del reborde, y salpica las blancas blusas de los que en primera fila asisten ensimismados. Vuelan plumas y gotas de sangre. Al poco tiempo el cemento del circo está sembrado de rojos redondeles como si un pintor hubiera hecho con el dedo oscilar una brocha de púas empapadas en bermellón.

—Diez duros por Medina—dice una voz.

—Diez a Vicente—añade Bibi.

Los demás hacen sus propuestas y peticiones, mientras que otros hombres asalariados, a estilo de los juegos de pelota, pero sin su proverbial enardecimiento, ofrecen o atienden a las demandas con una ligereza que acusa su asiduidad.

*Lagartijo* define su conducta. Al acontecimiento ciego de los primeros mi-

nutos suceden manifestaciones de superioridad que ora son alternas, bien se equilibran, ya se rompen en favor de uno de ellos, y se sostiene así algún tiempo. Se picotean acérrimos, contumaces, perversos. *Frascuero* se distingue por lo certero en el golpe de sus espolones; salta sobre su enemigo, lo humilla, hiere, se revuelca con él y se libra de la represalia acometiendo, siempre, revolviéndose sin tregua. Cuando acierta un buen golpe, su andar adquiere una graciosa ampulosidad y mueve las patas como si se sintiera andar. *Lagar-tijo* es todo un hombre; sus alternativas son desesperantes, vacila mucho, rectifica demasiado, se orienta, como si la fama de invencible del otro le fuera conocida y quisiera sorprender los móviles de su juego. *Frascuero* aprovecha bien las dudas mortales, se ceba en su antagonista, le propina espolonazos cuyas brechas se ven y por las que escapa en abundancia una sangre tan roja como la de las gaviotas o los besugos. Muchas veces, engreído con su superioridad, que pronto cree indiscutible, se descuida; pero el otro es tan torpe, que no aprovecha los errores del adversario, y consiente y resiste sin tomar iniciativas. Los dos feísimos animales están acribillados, buche, patas, cuello, sobre todo las cabezas. Los ojos son su blanco; darse en los ojos es su ideal. Como el pico no sería suficiente para hender la cabeza, esgrimen el espolón con movimientos magistrales, y se los ve debatir uno sobre el otro con tenebrosa acometividad. Por fin *Frascuero* logra en un sabio molinete deshacerse de su rival, hundirle la pechuga en el suelo y clavarle en un ojo el acerado espolón.

—¡Tuerto!...—dice un espectador.

Se ha quedado tuerto. El otro ojo manifiesta un furor increíble. Se estre-mece el animal de indignación, se «crece»; ha encoraginado su sangre el percance. Dolor no sienten. Estos bicharracos son tan excepcionalmente brutos, que no

revelan dolor. Su insensibilidad es un encanto, y recuerda la del acerico. Se clavan el pico y los espolones cien veces en el mismo sitio, y ni se quejan ni expresan otra cosa que rabia. Sus heridas les exacerban; el luchar, como a los caballeros andantes, es su descanso. Se duermen matando; despiertan destrozándose. Sus movimientos nada concertados son, a juicio de los inteligentes, geniales resoluciones dignas de un estratega. Conocen su anatomía como minúsculos japoneses, y recuerdan golpes que dieron a otros enemigos. *Lagar-tijo* fracasa irremediablemente, cada vez cae antes, se le ve más veces debajo de *Frascuero*. ¡Oh, si Peña y Goñi y Sánchez Neira vieran esto... cómo lucharían anhelantes a ver quién de sus dos ídolos vencía, cual hicieron durante veinte años conmoviendo a España en sus cimientos seculares con sus hondas y trascendentales disputas!... *Lagar-tijo*, el tuerto, parece, se rinde, cede, huye; mas lo extraño es que ello no decide las apuestas: algo ven en él que sostiene la fe de sus admiradores. No se defraudan sus esperanzas. *Frascuero*, ensobrecido con su rápido triunfo, comete pifias, descubre su juego, amanaera sus golpes, los da con cierto ritmo, sin prisa, seguro de vencer. *Lagar-tijo* no se tira a fondo ni hace otra cosa que caer y levantarse; mas su ojo sano vigila, observa, se da cuenta. Aturde considerar qué extraña reflexión mueve ese ojo en tantas direcciones, duplicada su fuerza como es ley, sediento de venganza. No tarda en decidirse. Deja que un espolonazo de *Frascuero* abra una grieta horrorosa en su cuerpo, y cuando el vencedor se va con su pasito acostumbrado para volverse y continuar el drama, el tuerto salta sobre él, se ciñe como si quisiera envolverlo con sus alas, lo aplasta, le arranca a picotazos cresta y ojos, y con su espolón lo mata en un instante. Hecho esto y bien convencido el tuerto sublime, extiende torpemente las

alas agujereadas, sin plumas, chorreantes de sangre, y lanza un trémolo cocoricó.

Bibi sonríe, recoge sus duros victoriosos y se va. Su alma, saturada de valor, vuelve a la ciudad rumiando las hazañas de su gallo, en cuyo cuerpo metió su espíritu. Ahora, al casino de señores, a hablar de los gallos, de perros, de toreros, de caballos y de mujeres.

En el umbral siente que le llaman.

#### LOS HÉROES

—Oye, Bibi, ¿has leído lo del Gallo?...

—¿De qué gallo se trata?—pregunta Bibi.

—Pues del hijo de la señá Grabiela...

¿De quién va a ser?

—¡Ah! Como vengo del reñidero...

¿Y qué?

—Pues que un espectador lo ha arreado un botellazo.

—¡Valiente bestial!... ¡Y yo sin estar allí! Si yo estoy allí, ese niño tiene que sentir conmigo y lo besa a Rafael donde yo mande...

—Y que no ha sido sólo eso...

—¿Más todavía?

—Al salir, unos desconocidos le han dado de palos, y el Gallo, como es supersticioso, pues... que no lo consuela nadie.

—¿Cosas de España! ¿Aquí hay educación?... ¡Aquí qué va a haber!... Lo que hay aquí son muchos sinvergüenzas, y que esto no tiene arreglo... A mí me debían haber dado esos palos... y a estas horas me cuelgo yo la asadura de esos desaboríos de la cadena del reloj.

—Eso ha estado muy mal, francamente; pero peor ha estado el Gallo.

—¿Qué? Una espantá... ¿Y qué? ¿Quién no ha dao en su vida una espantá?... Pero una espantá... ¿qué es... vamos a ver... algo del otro mundo? Si el toro que lo echan a Rafael es un toro chalao y perdido, y se va al bulto y se cuela, y no obedece a la muleta, ¿qué harías tú, marqués? Pues zafarte del peligro y salir de cualquier modo.

—Mira... todo eso está bien, pero confiesa que el Gallo...

—A mí me dejas quieto Rafael. Para mí, Rafael es cosa de iglesia...

—Bueno; pues hablemos de Belmonte.

—¿De quién, de Juanillo?... Ese, ése... es un niño que a mí no me la da ni me la dao nunca... A ése lo mata un toro el día que le salga un toro.

—Y ahora, Bibi, ¿qué le salen... canchales?

—Poquiyó más. Y que no tiene mano el niño para decir que me echen éste, y éste no, y si no, no lleno la plaza.

—Eso lo dirás tú. A mí no me tocas tú Belmonte. Lo que ha hecho Juanito ha sido resucitar el toreo, que se estaba muriendo... Pero así... como lo oyes... de ñoño y de... bobo. Y vino él, y enseñó a torear, y dijo cómo se torea por lo rondeño y cómo se arrima uno a la sartén. Lo que pasa es que se le envidia... ¡celos, compadre!

—Ese niño, marqués, está predestinado. Lo vengo diciendo. No tiene facultades. Se lo lleva el aire. Hace siempre lo mismo, y lo están explotando miserablemente las empresas, porque lo que ellas quieren es dinero vivo, metálico, parné.

—¿Tú quieres ser amigo mío, Bibi?

—Hombre... ¿a qué viene esa pregunta?

—Pues si quieres ser amigo mío, hablemos del tiempo.

—Entonces, ese niño de la calle de la Pureza ¿es indiscutible?

—A ese niño no ha nacido quien lo lengüetea... ni quien le ponga pero... ese niño es el niño de Dios.

Bibi se levantó de la mecedora en la que se balanceaba, se acercó al marqués de las Siete Cepas, le agarró por los hombros y le dijo:

—¿Leíste tú la faena del Gallo en Ubeda el 22 de julio?

—¿Y has leído tú la de Terremoto el 15 de agosto en Chipiona?

—Sí, señor.

—¿Y no te has derretido después de leerla?

—Vente a razones... El Gallo es quien ha traído las gallinas. Cuando Rafael hace mutis, y hace así con la mano... y así... y luego así, y toma al buró por aquí... y lo deja allí, y lo recoge, y se lo mete dentro, y lo saca, y juega con él, que te se quite, marqués, que entonces ese niño se transfigura, crece dos leguas, y se le cae a uno la baba.

—Juanillo hace más. Ese se inspira: a ése lo quieren en el cielo San Pedro y todos los santos; y en el momento de la conjunción se pone derecho, mete el pecho en los cuernos y da diez sin enmendarse, que es la despampanación en salsa a la mayonesa.

En ese instante los que escuchaban no pudieron contenerse. Unos en pro del torero Rafael; otros, de Juanillo, cada cual se creyó en el caso de defender a su ídolo. Sus voces desacompañadas y atroces se oían perfectamente en la

calle, y la plebe miraba por los grandes paneles de los balcones del círculo.

No llevan anotadas tan minuciosamente sus víctimas don Juan y don Luis en el drama de Zorrilla como estos jóvenes las faenas de sus ídolos respectivos. Cuando discuten, su memoria asombra, saben fechas, horas, actos, juicios recuerdan telegramas. Y su cuidado y admiración es tal, que por causa de los toreros rompen hondas amistades, se pasan de un partido político a otro y se desafían.

El público que los escuchaba a través de los ventanales, arrastrado por su fervor taurino, pronto formó grupos y discusiones, y como los señoritos, aquellos obreros y menestrales y desocupados se desafiaban por los toreros. El griterío de fuera y el del casino eran dos coros del drama nacional; ninguno de los dos hubiera tomado arte ni parte en cualquier otro asunto, así fuera de vida y muerte para los dos.

## RAFAEL LOPEZ DE HARO

### EL NOTARIO

Mis clientes exclaman:

—¡Ah! ¿Conque es usted el novelista? No lo hubiese sospechado. Ese trabajo obscuro y prosaico de la notaría mal se aviene con la idealidad y el brillo de la literatura. Y en cuanto a usted, aquí, en su despacho, la verdad, no se advierte que pueda ser otra cosa más que notario, muy notario.

Los escritores me dicen:

—Pero ¿de veras eres notario? ¿Eso es absurdo! ¿Eres capaz de redactar una escritura de hipoteca, machacando, apostillando? ¿Cosa más horrible! Y en cuanto a ti, aquí, en este ambiente, la verdad, no tienes nada de notario.

Yo les suelo recordar que, según Bal-

zac, en todo notario se descubren las ruinas de un poeta; se hago ver que, en verdad, soy un poeta en ruinas, deruido, y les expongo mis dudas de si este derrumbamiento de mis ilusiones de poeta es causa o es efecto de mi notaría. Ahora bien: si puedo, oculto a mis clientes mi cualidad de novelista, y a mis compañeros literarios, mi condición notarial; porque he observado que pierdo por igual la estimación de unos y otros cual si viesen un espejo del revés. Temen acaso los prestamistas que fantasee al asegurar sus intereses, y los estilistas se espeluznan pensando en la prosa mazórral, narcótica, de las escrituras. Y así, suele acontecer que el cliente me

abandona y el escritor me desconceptúa.

Pase que mis queridos otorgantes no tengan, por regla general, idea de cómo es un escritor; que imaginen al escritor un hombre fuera de la realidad, desatinado en los negocios, embaído y distraído; una cabeza a pájaros, con quien no es posible atar un ochavo de cominos. La volandera cuartilla, al lado del infolio de protocolo, antójaseles mariposa de polilla. Pero que algunos escritores sigan todavía creyendo que el notario ha de ser por fuerza un señor fúnebre y sórdido con gorro griego, espejuelos, pluma de ave, colodra y gesto avinagrado, no es ya admisible. No está ahí el toque, amigos; el notario, como vais a ver, es cosa muy distinta. Baroja, al decir, en menosprecio de un poeta, que tenía «ingenio de notario», acertó, si se entiende bien la frase. Debe saber Baroja que la más intensa, la más humana, la más entrañable de todas las novelas, está escrita, sangrando, en el archivo de cada notaría. ¡Ingenio de notario! El notario opera con las pasiones vivas, reales, efectivas, actuantes, y de eso a suponerlas en el plano mental de la creación novelesca, va lo que va del sueño a la vigilia, del libro de terapéutica a la carne doliente. Un consejo, una palabra, un trazo de pluma del notario ingenioso, remedía a veces los más terribles daños, acaso los más atroces crímenes. Lo que no ven el médico ni el confesor, ante el notario se muestra, porque ante el notario los hombres obran sinceros, aunque no quieran, y cuando obran así los hombres, es necesario ingenio, mucho ingenio, para estrecharles y amarrarles en las ligaduras de la ley que ellos, invariablemente, quieren eludir. ¡Ingenio de notario! Baroja ha estudiado maravillosamente los guerrilleros... ¡corderos inocentes e inofensivos! Junto al lecho de un solterón moribundo he visto yo una clase de fieras que le pondría a Baroja los pelos de punta.

\* \* \*

Empecemos por declarar que el notariado español, por ser hoy el mismo de hace cuatro siglos, resulta la institución más cara, menos útil y más indefinida de cuantas complican y extenuan la vida económica del país. Si me preguntáis a mí, notario, para qué sirve el notario, os responderé redondamente: para nada. Para nada, al menos, de lo que debía servir. Se trata de un funcionario que debe identificar a las personas y dar fe de que las conoce. Las modernas fichas antropométricas, la fotografía, la dactiloscopia, ofrecen en este punto más seguridad que todos los notarios juntos. El notario solemniza y sanciona, en nombre del Estado, las transmisiones de la propiedad. Un buen sistema de registro de ella, un catastro, las cédulas parcelarias, por ejemplo, ocurrirán con la garantía del Estado, que el notario no puede prestar, a ese menester. El notario, en suma—y perdonadme este párrafo inaguantablemente técnico—, preconstituye pruebas. Esto era muy importante en los tiempos del rey sabio, cuando escaseaban los hombres «saviadores de escribir». Hoy en día, y en el país de los abogados, no se justifica la existencia de todo un organismo sólo para eso.

Parece que el notariado español se disputa el mejor organizado del mundo, y es modelo de otros, del de Italia, por ejemplo. Pues sin esto, que nosotros hemos organizado mejor que nadie, se pasan tan ricamente Inglaterra, la mayor parte de Alemania, toda Austria, y si bien se mira, Francia. Que si en esas naciones existen notarios, poco más que el nombre los asemeja a los españoles. Otra es la función, otro el fin, muy otra la cooperación social que se les encomienda.

\* \* \*

Si el notariado español no cobrase por arancel, si no tuviese el tanto por ciento ni el tanto por hoja, causa de todos sus